Magia en Tabarca: el título me parece bonito. Magia en Tabarca: melodía, cadencia suave, rapto desde la costa, por encima del mar, hasta la isla. Meditar acerca de este titulo, componer el libro futuro de modo que vaya entremezclado lo crítico con lo pintoresco; no dar excesiva importancia a lo crítico. Sin que por esto se pierda la personalidad de Gabriel Miró, es lo primero en el libro, la razón de ser del libro. En cuanto al argumento, puede ser sencillo: tres amigos, por ejemplo, salen todas las tardes a dar un paseo en automóvil; viven en una reducida y clara ciudad que se halla cerca de la costa; a unos cuarenta kilómetros. Van a sentarse a dialogar plácidamente en un altozano que da vista al mar. Salen a primera hora de la ciudad; los tres son admiradores ferviente de Gabriel Miró; los tres charlan todas las tardes de la persona y de los libros de Miró. Para ir desde la ciudad hasta el mar han de deslizarse suavemente desde una altura de sesenta metros hasta la ribera. El automóvil es rápido y silencioso. Las tardes son largas. Conviene, más que en otoño, poner la acción en la primavera; para que siendo

larga la tarde, puedan con toda comodidad ir y venir los amigos a la costa. Durante el viaje se ve todo el panorama alicantino; se pasa primero por el valle de Aspe: vasta llanada verde, cuajada de huertas. No olvidar los cerros y las montañitas desnudas. Montes que nos muestran sus grises peñas y sus aceradas laderas. Montes que, en la transparencia del cielo, parecen relumbrar. Montes en que crecen el romero, el tomillo, la alhucema, el cantueso. Ganas vivisimas de bajar un minuto del automóvil y de sentarnos en la ladera y pasar la mano por estas hierbas de olor tan penetrante. Las casas que se ven en el camino son como todas las alicantinas, de paredes frágiles, de yeso, que al principio, recién hechas las casas, es blanco; pero que después se pone rojizo, dorado por el sol.

El aire a veces va royendo las paredes; socava la parte blanda, en yesos que son flojos, y deja subsistente lo duro; de modo que todo a lo ancho de estos muros deleznables se ven millares de piquitos

de cristales que relumbran bajo la viva luz solar. Amor intenso por estas casas; estas casas donde Miró y el autor del libro han pasado la infancia y la adolescencia; estas casas que semejan quebradizas, y que se van deslizando por la pendiente de los siglos como sus hermanas las casas recias, formadas con sillares, del Norte. Como sus hermanas; pero sin la solemnidad y el énfasis de ellas. Las puertas cerradas de algunas de estas casas; atracción profunda de estas puertas cerradas de las casas campesinas. ¿Un gran duelo que ha hecho alejarse a los

Magia en Tabarca



Gabriel Miró

Por Gisela Etrussi

Si cada región tuviera su Gabriel Miró...

¡Si cada región tuviera su Gabriel Miró! Algunas creen tenerlo. Acaso lo han tenido en algún tiempo; pero ninguno llegó a dejarlo todo, a abandonar todas las grandes perspectivas abiertas ante los ojos del artista para limitarse al mundo en que florecieron su cuerpo y su alma. Limitación aparente. A la introspección de un Amiel-como ejemplo de visión circunscrita-, Miró opone la creación intensa, profunda, minuciosa, de un naturalista que ha elegido para su trabajo un espacio de tierra habitada por hombres. ¡Luminosa tierra levantina! ¡Colinas radiantes! ¡Huertos, agros llenos de sol y de fuerza vital! El mayor impetu de Gabriel Miró fué el de embridar su entusiasmo para llevarlo al paso del observador atento que no quiere dejar atrás una piedra, una hierbecilla, un regato de agua . . . Con su color, su perfume y su luz. Todos los sentidos-alma sensual-. Toda el alma en cada sentido. El caso de Miró-único en nuestras letras-, que fué capaz de encerrarse para toda la vida con lo más fragante de la infancia y la primera juventud: con la intimidad del suelo nativo, y que supo convertirla en la gran floresta variada y colorida por donde viene a nacer, a luchar y a morir una humanidad de gente humilde, es el caso del religioso, del monasta sin monasterio, del cenobita sin cenobio. Y este espíritu singular ha habitado en Madrid. Entre nosotros. Hemos podido visitarle. Le hemos visitado en uno de esos pisos sin aislamiento y sin carácter, tan ruines, dentro de la vulgaridad burguesa de los barrios extremos. Lo que Miró llevaba consigo en su obra, toda sensibilidad, era el antídoto de la vida vulgar. El campo lejano contra la calle demasiado próxima; y por merced de la fantasía el pasado sobre el presente. Y quizá, quizá, a través de las cortinillas del balcón, en aquel despachito reducido, modesto, una esperanza suave-la luz del crepúsculo madrileño-en el glorioso porvenir.-L. B.

moradores? ¿Una de esas enfermedades que las buenas mujeres del campo soportan años y años con tanta abnegación; pero que acaban por hacer que se vaya à la ciudad en busca de un supremo remedio? Una palmera a lo lejos; la cinta blanca de la carretera que se aleja montaña arriba. El trazo negro del tronco de la palmera y la viruta nevada de la carretera. Como si sintiéramos ya el mar. La llanada que ya no tiene verdes. Barrancadas rojas; terrazgos secos. Extensión de tierra sin una brizna de de hierba. A lo lejos, cerrando el horizonte,

un trazo azul; azul debajo de azul; azul claro del cielo y azul claro del mar. Depresión de la tierra; el automóvil asciende otra vez. Un páramo cubierto de tomillos; la torre del faro. Nítida, impecable la blancura de la torre. Ya los tres amigos, sentados frente al mar, ellos están arriba, el mar se extiende abajo. La tierra ha ido subiendo; de pronto, se detiene; se produce un altísimo corte; en lo hondo, se ve la playa dorada. Un huertecito que respalda una casa—casa de los carabineros—intercalada entre los dos azules, el del mar y el del cielo; la nota verde del arbolado. Limpidez en la bóveda celeste. Ni una nube. Enfrente la isla.

Magiá en Tabarca. Prestar atención a la isla. Una isla de azul y de rosa. Una isla como un jirón de sutil cendal sobre el mar. Citar un párrafo de la Guía del alicantino y del forastero en Alicante, de don José Pastor de la Roca. (Alicante, 1875). "Este pequeño islote de unos tres kilómetros de extensión—dice el autor—dista una media legua del continente, y se compone de unos cien edificios, habitados casi en su totalidad por marineros y pescadores, que componen la inmensa mayoría de la pobla-

isleñá." Sutilidad de la isla vista desde el elevado altozano de la costa. Como si fuera cosa impalpable. En estas horas de la tarde primaveral, envuelta en un suave resplandor áureo, la isla resalta blanca, rosa y azul. Citar la frase de Gabriel acerca de la isla: "La isla de Tabarca, que siempre tiene un misterio de azul de distancias, como hecha de humo, mostrábase cercana, clara, desnuda y virginal." Como de humo, dice Miró; como del humo azulado que asciende de chimenea campesina y que vemos, para que sea azul, a contraluz.

Los tres amigos hablan de Miró; todas las tardes dedican casi la charla entera a Gabriel. A lo largo del viaje han ido acoplando las distintas visiones del panorama a las visiones de Gabriel en sus libros. Pasa ante ellos el sentido de las cosas que tenía Miró, sentido lleno de voluptuosidad; recapitulan acerca del estilo del escritor. Al igual que si fueran pasando las páginas de los libros de Gabriel, y al mismo tiempo fueran

echando un vistazo, para comprobar, a los paisajes. Y ante la isla que tienen allí cerca, al alcance de la mano, la suprema emoción; la evocación tangible del amigo querido, inolvidable. Otro párrafo de la Guía del alicantino: "Hoy, si bien abandonada a sus pobres recursos, esta isla, con sus ruinosas fortificaciones, batidas constantemente por las aguas, cuya acción corrosiva destruye paulatinamente las obras de sillería de que muchas de ellas están formadas, y lo mismo las emanaciones salitrosas que exhalan, ofrecen, no obstante,